

todas las gentes por causa de mi nombre¹; mas al momento les tranquilizaba, diciéndoles: *No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos*².

De estas sagradas palabras deduce con razon Tertuliano que la fe cristiana es una promesa de martirio³. ¿Lo creemos así nosotros?

El número de Mártires es incalculable⁴: algunos hechos nos darán de ello una idea.

1º. En el espacio de trescientos años hubo diez persecuciones generales en toda la extension del Imperio romano, el cual contenia en aquella época casi todo el mundo conocido; en el siglo iv las hubo particulares en Persia y en África, promovidas por los Persas y los Vándalos: una sola duró cuarenta años, é hizo doscientos mil Mártires⁵. Ahora bien, desde la predicacion de los Apóstoles habia cristianos en todos los puntos de la tierra; siendo tan numerosos en tiempo de Tertuliano, que lo llenaban todo, excepto los templos de los dioses, y que si hubiesen querido vengarse de los Romanos, no tenian mas que retirarse, y el Imperio se convertia en un desierto⁶.

2º. Hacíase tal matanza de cristianos, que en la sola ciudad de Lyon hubo diez y nuéve mil Mártires; pues no perdonaban edad, sexo ni condicion.

3º. Fué tan grande el número de las víctimas, que Diocleciano y Maximiano se vanagloriaron á principios del siglo iv de haber exterminado por fin la raza de los Cristianos y aniquilado su Religion⁷.

Antes de las grandes persecuciones y á principios del reinado de Marco Aurelio, san Ireneo, obispo de Lyon, escribia: « En todas partes donde se encuentra la Iglesia, vese á esta santa Madre enviar al cielo, precediéndola por medio del martirio, á gran número de sus hijos, y los ofrece al Padre como una prenda del grande amor que le profesa. Las demás asambleas no tienen mártires; solo la Iglesia se complace en sufrir los oprobios para manifestar á Dios todo el exceso de su caridad, y la grandeza de la fe que le hace confesar altamente á Jesucristo. Varias veces por la gran pérdida de sangre y de miembros se la ha visto debilitarse, pero de repente la hemos

¹ Matth. xxiv, 9.

² Matth. x, 28 et 32.

³ Debitricem martyrii fidem. (*De Spec.*)

⁴ Segun las mas exactas presunciones asciende á once millones durante los tres primeros siglos. (Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, pág. 564 y sig.)

⁵ Sozom. *Historia eclesiástica*.

⁶ Apol. c. 37.

⁷ *Nomine Christianorum deleta, superstitione christiana ubique deleta.*

» visto rehacerse, cobrar nuevas fuerzas y ser madre de mayor número de hijos¹. »

Los Mártires, sufriendo la muerte, probaban la divinidad de la Religion, puesto que hacian visible el cumplimiento de las profecías del Salvador; probábanla además por su sobrenatural valor, pues sufrir la muerte sin interés alguno de vanidad, de ambicion, de odio ni de gloria humana; sufrirla en medio de los insultos de todo un pueblo; sufrirla con alma y con dulce tranquilidad; sufrirla para atestiguar hechos que se han visto con los ojos y palpado con las manos; sufrirla cuando es dable sustraerse á ella con una sola palabra; sufrirla en defensa de una religion santa, contraria á todas las pasiones, en la cual no se ha sido criado, sino que se ha abrazado por conviccion y esperando sellarla con su sangre; cuando esto sucede por espacio no de un dia, sino de siglos; cuando se hace no por un solo hombre, sino por millares de personas de todas edades, sexos, condiciones, estados y países, debemos ver en ello algo de sobrenatural, y si no, preciso es abjurar de la razon y renunciar á coordinar jamás dos ideas.

Tan convencidos estaban los gentiles de que el valor de los Mártires solo podia dimanar de Dios, que se convertian en gran número á la vista de su firmeza en medio de los tormentos. « La constancia que nos echais en cara, dice Tertuliano, es una leccion; al presenciara, ¿quién no desea averiguar su causa? Quien examina nuestra Religion, la abraza; y entonces desea sufrir, á fin de alcanzar con la efusion de su sangre la gracia de Dios y el perdon de sus crímenes². »

En una palabra, el Salvador prometió á sus Apóstoles la gracia de hacerles superiores á todos los tormentos, y cumplió su palabra³; este es todo el secreto de la constancia de los Mártires, y es no solo locura, sino ridiculez querer encontrar otro. El sello sangriento de tantos millones de inocentes y heróicos testigos es un admirable testimonio en favor de la Religion; la impiedad puede destruir los templos de los Mártires, romper sus sepulcros, dispersar sus sagradas cenizas, borrar sus epitafios; pero este testimonio de sangre, jamás.

Las relaciones de sus juicios, de sus tormentos y de su muerte, se llaman *actas de los Mártires*, venerables en alto grado despues de la sagrada Escritura, en cuanto las contestaciones de los Mártires á los interrogatorios de los jueces les eran dictadas por el Espíritu Santo. Jesucristo Señor nuestro prometió en términos explicitos responder por ellos y hablar por su boca: *Tened, pues, fijo en vuestros corazones,*

¹ Lib. IV, c. 64. (Véase sobre el número de los Mártires al P. Ruinart, *Actas de los Mártires*, pref.)

² Apol. c. 50.

³ Luc. xxi, 15; Joan. xvi, 33; Philip. i, 18.

dijo á los Mártires de todos los siglos en la persona de sus Apóstoles, *de no pensar antes cómo habeis de responder; porque yo os daré boca y saber al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios*¹. Nada como las actas de los Mártires es tan eficaz para reanimar nuestra piedad, pues si un hijo noble y generoso siente inflamarse su corazón al oír referir las brillantes acciones de su padre, ¿cómo podremos nosotros ser débiles y cobardes, insensibles á la gloria del cielo, cuando vemos que para llegar á él atravesaron los Mártires un mar de sangre, anduvieron sobre el fuego y sobre el filo de las espadas? Los primeros cristianos estaban tan convencidos de esta verdad, que con frecuencia arriesgaban su vida para apoderarse de las actas de los santos Mártires.

El primer medio, y el mas comun, de que se valian para obtener que se les comunicasen dichas actas, consistía en comprar, á fuerza de oro, al encargado de la escribanía, donde se guardaban los registros, y en sacar copias de los mismos; en segundo lugar, cuando los magistrados mandaban atormentar á algun cristiano, mezclábanse entre los gentiles muchos fieles de los que no eran conocidos, y apuntaban cuidadosamente las preguntas y contestaciones, y las demás circunstancias del proceso; reunidos estos apuntes, eran presentados al obispo², y aprobados por este, distribuíase la relacion á los fieles, á quienes servía de lectura ordinaria. Las actas de los Mártires leíanse tambien en la iglesia los dias de reunion³.

Nuestros padres, que tanta veneracion tenian por la historia de los Mártires, la tenian mayor aun por los mismos Mártires; apenas eran presos, cuando se convertian en seres sagrados y gozaban de muchas prerogativas; por sus ruegos devolvíase la comunión á los que habían sucumbido durante las persecuciones anteriores; nombrábanse diáconos para visitarles, alentarles y cuidar de su manutencion, á los que se unieron las diaconisas, vírgenes ó viudas de cuarenta á sesenta años, cuerdas, prudentes, y de una virtud y celo á toda prueba; estas ejercian respecto de las mujeres parte de las funciones que ejercian los diáconos con los varones, estando encargadas de visitar á todas las personas de su sexo presas por la fe, ó á las que por su pobreza ó falta de salud eran acreedoras á los cuidados de la Iglesia.

En tiempos ordinarios instruian á las catecúmenas, ó mejor, les repetian las instrucciones del Catecismo; presentábanlas al Bautismo, ayudábanlas á quitarse y á ponerse otra vez sus vestidos, á fin de que nadie las viera en un estado poco decente; y despues de su bau-

¹ Luc. XXI, 14 et 15.

² Véanse sobre esto algunos detalles en la parte IV del Catecismo, *Fiesta de todos los Santos*, y para mayor explicacion la *Historia de las Catacumbas*, pág. 505 y sig.

³ P. Ruinart, *Actas de los Mártires*, pret.

tismo las tenian durante algun tiempo bajo su direccion, á fin de formarlas para la vida cristiana⁴. En la iglesia guardaban las puertas de la parte de las mujeres, y cuidaban de que todas se colocasen en sus puestos y observasen el silencio y la modestia; las diaconisas daban cuenta de sus funciones al obispo, y por su orden á los presbíteros y á los diáconos; y su principal servicio consistía en advertirles de las necesidades de las demás mujeres, y en hacer, bajo su direccion, lo que no podian verificar por sí mismos con tanta decencia⁵.

Siempre que los fieles alcanzaban permiso para entrar en los calabozos de los confesores, se apresuraban á besar sus cadenas, á procurarles algun alivio, á curar sus llagas, á prestarles minuciosos servicios, y á darles mil pruebas de veneracion y de respeto.

Así pues, la Iglesia nada omitió para que los Mártires fuesen visitados y servidos; la víspera de su muerte, publicada ya la sentencia, tenia lugar la *cena libre*, es decir, se permitía comer juntos á todos los condenados⁶. Para ello se les reunía en una sala comun, al rededor de una mesa que los Cristianos procuraban servir lo mejor que les permitía su pobreza; y como la entrada á la comida de los Mártires era libre, no dejaban los fieles de acudir á ella, ya para exhortar á los santos confesores, ya para encomendarse á sus oraciones y recibir sus últimos consejos.

Despues de la ejecucion de la sentencia, nuestros padres se apresuraban, cuando era posible, á recoger el cuerpo y los restos de los Mártires, que envolvian en oro y seda, perfumándolos con los aromas mas exquisitos; sus sepulcros eran los lugares á que acudian para orar, y en ellos se ofrecia el augusto sacrificio. Los concilios de África prohibieron levantar altar alguno sin depositar en él reliquias de Mártires, ley venerable que se observa todavía en la Iglesia; y persuadidos con razon nuestros padres de que los santos que acababan de derramar su sangre por Jesucristo eran muy poderosos en el cielo, los invocaban, é instituyeron fiestas en honor suyo, eligiendo para celebrarlas el aniversario del dia de su martirio, dia que se llamó *natividad* ó nacimiento. Admirable idea que recordaba que el dia de su muerte habian nacido á la verdadera vida. La Iglesia ha adoptado el mismo lenguaje.

San Agustín nos enseña cuál era el culto que se tributaba á los Mártires: contestando el santo Doctor á Fausto el Maniqueo, que acusaba á los Católicos de haber sustituido los Mártires á los ídolos, dice: « Si los Cristianos honran á los santos Mártires, debe atribuirse se al deseo de participar de sus méritos, á la esperanza de ser fe-

⁴ *Const. apost.* lib. VI, c. 17; lib. VIII, c. 19; Tertul. *De veland. virg.* 9.

⁵ *Costumbres de los Cristianos*, pág. 254.

⁶ Véanse las *Actas de santa Perpetua*, y Godescard, 6 de abril, etc., etc.

» lices por su intercesion, ó al deseo tambien de excitarse á la imita-
» cion de sus virtudes; así es que los altares elevados por la piedad
» sobre sus sepulcros no son erigidos á mártir alguno, sino al Dios
» de los Mártires. ¿Qué sacerdote del Señor ha dicho jamás al acer-
» carse al altar: Ofrecemos á vos, Pedro, á vos, Pablo, ó á vos, Ci-
» priano? Lo que se ofrece se ofrece á Dios, al Dios que coronó á
» los Mártires; y si es verdad que lo ofrecemos con frecuencia en los
» lugares en que los coronó, es con el objeto de que la vista de aque-
» llos sagrados sitios excite en nuestros corazones una caridad mas
» ardiente, un amor mas vivo ya hácia aquellos á quienes debemos
» imitar, ya hácia Aquel por quien lo podemos. Reverenciamos á los
» Mártires, sí, pero creemos y enseñamos que solo Dios puede ser el
» objeto del culto de latría; así es que el sacrificio, acto esencial de
» dicho culto, no lo ofrecemos ni á los Mártires, ni á los Santos, ni
» á los Ángeles, y si alguno de nosotros cayese en semejante error,
» le opondríamos al momento la sana doctrina, á fin de que pudiese
» volver en sí, ó de que hubiese derecho para apartarse de él.⁴ »

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la santidad y valor que inspirásteis á nuestros padres; hacednos la gracia de que imitemos su vigilancia sobre sí mismos y su constancia en las penas de la vida.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero huir con horror de las reuniones del mundo.

⁴ *Cont. Faust.* lib. XX, c. 21.

LECCION X.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Principio de la gran lucha entre el Gentilismo y el Cristianismo. — Diez grandes persecuciones. — La primera en tiempo de Neron; retrato de este Príncipe; detalles de la persecucion. — Juicio de Dios sobre Neron. — Juicio de Dios sobre Jerusalem; ruina de la ciudad y del templo. — Segunda persecucion en tiempo de Domiciano; retrato de este Príncipe; san Juan es arrojado á una caldera de aceite hirviendo. — Juicio de Dios sobre Domiciano.

Hasta aquí hemos seguido á nuestra madre la Iglesia naciente por la fama de sus virtudes; desde ahora la seguiremos durante tres siglos por sus sangrientas huellas y á la luz de las hogueras que se encienden contra ella. Ciñe tu cinturón, tierna Esposa del Hombre-Dios, pues ha llegado el momento del combate; diez veces se levantará contra tí el mundo entero para aniquilar hasta la memoria de tu nombre⁴.

En efecto, diez fueron las grandes persecuciones, es decir, las mandadas por los Emperadores romanos, cuyo terrible poder se extendia sobre la mayor parte del mundo entonces conocido; las particulares, en número muy crecido, se llaman así, porque se limitaron á algunos reinos; tales fueron entre otras la de los emperadores Licinio y Valente; las de Sapor, rey de Persia, que duraron cuarenta años; las de los Godos y de los Vándalos en África y en otras partes.

Salgamos de las Catacumbas, donde hemos admirado á las futuras víctimas, y entremos en la Roma gentil, dirigiendo nuestros pasos hácia el palacio imperial, para contemplar de cerca al primer verdugo de los Cristianos. Sin duda alguna debe ser el mas malvado de los hombres; para probarlo basta pronunciar su nombre; se llama Neron, y hé aquí su retrato:

Neron nació en el año 35 de Jesucristo, y adoptado por el emperador Claudio, le sucedió en el año 54. Desde su mas tierna edad viéronse germinar en su corazón todos los vicios que han hecho de

⁴ Con el P. Ruinart contamos diez persecuciones generales, es decir, ordenadas ó autorizadas por los Emperadores romanos señores del mundo. No significa esto que todas se hiciesen extensivas á todas las provincias del Imperio, pues hubo algunas que se circunscribieron á algunos países. El P. Mamachi cuenta doce, porque incluye entre las grandes persecuciones la de los Judíos en tiempo de Barcochebas y la de Licinio.